

El tercero y último capítulo contempla un marco de referencia materialista cultural para explicar situaciones de conflicto interétnico. Factores tecnológicos, energéticos (en términos de obtención de alimentos), demográficos, de biomasa animal y vegetal, y el hombre en su acción e intercambio con el entorno y con otros hombres, constituyen un conjunto de nociones que serán recurrentes en el análisis de este capítulo. Unido a lo inmediatamente precedente, se retoma la expansión de la frontera ganadera y su repercusión sobre los grupos aborígenes del Llano, especialmente los grupos cazadores recolectores. Es así como desde 1870 los colonos avanzan al llano en dos direcciones: desde la cordillera andina hacia el pie de monte y desde Venezuela hacia los llanos de Arauca. La estrategia de ganadería extensiva, su concentración y crecimiento numérico produce un desgaste en los suelos, el desplazamiento de la fauna nativa y la transformación de las poblaciones vegetales de la región. De igual manera, a pesar de la tecnología aportada por el colono, éste no estaba preparado para resolver los problemas emanados de la sedentarización y predominantemente de la satisfacción de las necesidades alimentarias. La situación indígena ante este paisaje cambiante se tornó cada vez más difícil, y de manera significativa para los grupos de cazadores recolectores. La competencia por "la obtención de la proteína animal" entre colonos y caza-

dores recolectores es uno de los factores que incidieron e inciden en el surgimiento y desarrollo de los conflictos interétnicos. Los conflictos armados, la mentalidad asociada a estos conflictos y sus correspondientes conductas están en la base de la competencia aludida más atrás. Si se consideran las formas de organización social de los grupos aborígenes como estrategias para permanecer en el llano, es claro que han existido dos clases de grupos: horticultores y cazadores recolectores. Entre los primeros están los achaguas, sálivas, guayupes, saes, betoyes, jiraras, tunebos, piapocos, los cuales controlaban los ríos y vivían en tierras fértiles para la agricultura. De los segundos, los guahíbos (conocidos también como chiricoas), mitúas y cuivas, cuya forma de organización social era la banda, fueron fundamentalmente nómadas. Y se mencionó que a partir del siglo XVI y hasta comienzos del XIX, los sistemas adaptativos y las redes comerciales entre estos grupos se transformaron e incluso desaparecieron etnias como los guayupes, saes y eperiguas, entre otras; es decir, los grupos más afectados fueron los horticultores y agricultores, en tanto que la movilidad de los cazadores recolectores les permitió mantenerse relativamente a salvo de la actividad "pacificadora", la evangelización y los traficantes de esclavos indígenas. Es por esta razón que el autor dedica una buena parte del capítulo a los guahíbos y cuivas (hábitat, organización social y política, familia lingüística, datos demográficos, reservas y territorios actuales, etc.), puesto que éstos serán el objeto de conflicto para los colonos y para las autoridades gubernamentales regionales. La visión de los colonos sobre los guahíbos y cuivas es observada y comentada a través de testimonios directos de los colonos y, naturalmente, con la información etnohistórica. Distingue tres tipos de colonos, sobre todo con base en los resultados de la investigación de Planas (1972-1973): colonos profesionales, colonos que buscan tierra para vivir y grandes propietarios territoriales. Serán, pues, los dos primeros quienes desde finales del siglo pasado estarán en contacto y conflicto con los grupos de cazadores recolectores dis-

putándoles el territorio pero, más que de una disputa espacial, se trata de una lucha entre sistemas adaptativos. "Guahibiar" o "cuiviar" fueron términos genocidas con los que se denominó a las actividades de cacería de los colonos contra los grupos de cazadores recolectores, acciones que contaron en muchas ocasiones con la participación de representantes locales y regionales del gobierno. Estas cacerías de indios tienen varios factores explicativos, entre los cuales cabe destacar la incapacidad del Estado para lograr los efectos "civilizadores" en aquella región y, por lo tanto, quedó en manos de los colonos el proceso de incorporación de las tierras "nuevas" de los Llanos a la dinámica social del país. El caso de la masacre de La Rubiera (1967) es un ejemplo del avance colonizador y de los obstáculos que éste encontraba a su paso: los indígenas y su resistencia. "Perseguir y matar indios había sido una constante histórica en los Llanos desde la segunda mitad del siglo XIX, cuando comenzara aquel proceso de colonización en el pie de monte y que poco a poco continuara en las sabanas adyacentes hasta la incorporación de Llano adentro, refugio de los reductos de cazadores-recolectores que aún resisten a la 'civilización'".

MIGUEL ANGEL MELÉNDEZ LOZANO

Llanerólogo

Indios, colonos y conflictos.

Una historia regional de los Llanos Orientales, 1870-1970

Augusto Gómez G.

Siglo XXI Editores, Pontificia Universidad Javeriana, Instituto Colombiano de Antropología, Santafé de Bogotá, 1991, 411 págs.

Parafraseando al siempre recordado Germán Colmenares¹, durante mucho tiempo la historiografía llanera estuvo aprisionada, pues, pese a ser los Llanos Orientales una región de notables acontecimientos —durante la conquis-

ta y los primeros años de la colonia tuvo lugar en ella la infructuosa búsqueda de El Dorado; fue sede de un importante polo de desarrollo socioeconómico de los jesuitas; tuvo destacada participación en la rebelión comunera; fue centro de acción, por cerca de tres años, de la lucha libertadora; estuvo vinculada muy particularmente al proceso de formación de la nacionalidad e identidad colombiana, etc.—, esos mismos sucesos han creado una visión, promovida desde ciertos sectores oficiales, heroica unas veces y otras pavorosa, pero siempre distorsionada.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte, la situación mencionada ha ido variando, pues en el país ya existe un selecto, aunque minoritario, grupo de historiadores profesionales dedicados a investigar, analizar e interpretar la historia de los Llanos Orientales de Colombia; proceso que comenzó con la publicación del libro *A Tropical Plains Frontier. The Llanos of Colombia 1531-1831* (Albuquerque, 1984), de Jane M. Rausch, síntesis que, aunque con varios inconvenientes, permite visualizar y comenzar a desmenuzar los problemas que tuvo la región durante la época colonial. A partir de esa obra, pese a no estar traducida aún al castellano, empezó a renacer en los medios universitarios y profesionales del país cierto interés por la historia llanera. Prueba de ello es que se han realizado, entre 1988 y 1992, tres simposios internacionales sobre historia de la región (Villavicencio, Yopal y Arauca), de dos de los cuales se han publicado las correspondientes memorias², que, aunque, con resultados harto dispares, son puntos importantes de referencia. Así mismo, en el año 1991 se llevó a cabo un simposio sobre el tema, en el marco del XLVII Congreso Internacional de Americanistas, cuya memoria ya fue publicada³. De igual forma, la Violencia y la historia reciente han sido estudiadas por diversos autores: desde el trabajo pionero de Eduardo Franco Isaza (1954), pasando por las a veces novelescas, pero exitosas, interpretaciones de Alfredo Molano, hasta los serios y concienzudos trabajos de Oscar Londoño (1989) y Reinaldo Barbosa (1992).

Así, el libro de Augusto Gómez viene a llenar un notorio vacío, pues analiza un largo proceso (1870-1970) de incorporación de la región llanera a la frontera económica del país, fenómeno acerca del cual poco o nada se conocía.

El libro es un trabajo con bastantes altibajos, incongruencias y fallas interpretativas, pero que también tiene muchos aciertos. Veamos, a continuación, algunos de los pros y contras.



El libro tiene una primera virtud: la edición, el tipo de letra y el papel en el que está impreso permiten una lectura cómoda. Contribuyen a ello, además, las bien seleccionadas láminas de la Comisión Corográfica, los cuidadosos y elaborados cuadros (17), la tabla, las listas (2), los mapas (6) y el plano de la casa del fundo de La Rubiera, pues son importantes elementos didácticos que ayudan a la comprensión del a veces denso y, por qué no decirlo, tedioso texto. Sin lugar a dudas, en un futuro constituirán, sobre todo los cuadros, la tabla y las listas, un documento obligado de consulta.

Sin embargo, observamos una falla: el autor o el editor, no sabríamos decir quién, tuvo la infortunada idea de intercalar dentro del libro cuatro anexos documentales que, sin que desconozcamos su gran valor como testimonios, cortan el ritmo de lectura, rompen abruptamente el hilo de las ideas. El quizá pensado objetivo de causar en el lector algún efecto dramático, de conmoción, sobre todo con el extenso expediente de La Rubiera —40 páginas—, creo que no se logra.

Una segunda falla es que a veces las citas son demasiado largas. El caso más sorprendente es el de la recopilación cronológica de las leyes emitidas por el Estado colombiano entre 1824 y 1888 que, de alguna manera, implícita o explícita, aludían a la situación económica y sociocultural de los Llanos (págs. 91-102). Podría haberse incluido esa enumeración entre los anexos, *Indios, colonos y conflictos...* está dividido en tres extensos capítulos: "Proceso histórico regional" (101 páginas); "Estado, región y colonización" (64 páginas); "La apertura de la frontera de los Llanos y los conflictos interétnicos" (200 páginas) y unas "Conclusiones". Cada uno de ellos presenta aciertos en la documentación escogida y, por momentos, importantes y sugerentes análisis e interpretaciones, pero son también muchos los desaciertos y ambigüedades.

En el primer capítulo, Augusto Gómez hace una apretada síntesis geoeétnica que, además de desmitificar la común idea de una supuesta unidad cultural de los grupos indígenas llaneros, le permite mostrar cómo, a lo largo de más de cuatro siglos de dominación —española, primero, y luego republicana— los Llanos se han formado siguiendo un comportamiento de frontera móvil. En ese objetivo el autor es perseverante, pero la narración y los argumentos presentan algunos vacíos, saltos y vaguedades que desconciertan. Por ejemplo, cuando se narran los intentos de los conquistadores alemanes y españoles por encontrar El Dorado no se citan las fechas de las expediciones, no se sabe si unas y otras fueron simultáneas, o cuál fue primero. Insiste el autor, y será una constante a lo largo del libro, que las relaciones entre los blancos y los indígenas han sido, desde los primeros contactos en el siglo XVI, bastante caóticas.

Dentro del contexto del libro, el capítulo en referencia es el que menos información primaria trae. Su base documental está en los tradicionales libros de los jesuitas Juan Rivero (1735), Joseph Cassani (1741) y Joseph Gumilla (1741), pero deja de lado obras contemporáneas de gran valor, si bien no historiográfico sí instrumental: las de José del Rey Fa-

ANTROPOLOGIA

jardo y Juan Manuel Pacheco. Sorprende así el hecho de que cite fuentes arqueológicas muy recientes: Santiago Mora, Ines Cavelier y Elizabeth Marques, que aportan nuevos datos sobre los guayupes, pero que no haga referencia a trabajos de reconocido valor, como los de los antropólogos estadounidenses Nancy y Robert Morey, o el del colombiano Mariano Useche. Así, el objetivo de esta parte del libro —explicar la conformación y el comportamiento de la región llanera como una frontera móvil— está bien planteado pero le falta un punto de equilibrio, de crítica y selección en el manejo de las fuentes, pues, o es terriblemente innovador, o excepcionalmente tradicionalista.



El segundo capítulo es, en su primera parte, un intento demasiado arriesgado de criticar la producción reciente sobre historia económica colombiana. Enfila Augusto Gómez sus baterías contra José Antonio Ocampo⁴ y Salomón Kalmanovitz⁵. Los argumentos que usa son muy discutibles, demasiado inconsistentes y ligeros. Por ejemplo, de Ocampo dice que "durante el período colonial existía un desorden administrativo, económico, político y fiscal que impide abordar el análisis de la economía y de la sociedad colombiana, de principios del siglo XIX y hasta muy avanzado éste, con presupuestos globales, ya sea de orden empírico y jurídico o estructurados con modelos económicos de tradición keynesiana" (pág. 109). Sin negar que Gómez pueda tener

razón, nos parece que la imputación a Ocampo ameritaba un tratamiento mayor y más serio, pues en un solo párrafo se despacha alegremente la obra de un gran teórico económico y de uno de los principales historiadores económicos del país, encasillándolo injustamente. Además, algunas páginas más adelante, acusa al último de "desconocer la singularidad propia de un proceso histórico" (pág. 110) y lo trata de "anacrónico" (pág. 112) y de "reduccionista" (pág. 115). Conceptos que desarrolla y sustenta muy medianamente, por no decir que superficialmente.

Con Kalmanovitz, Gómez es más benévolo pero igualmente lo critica. Dice de este autor que "sí tiene en cuenta la ideología y el análisis regional pero no tiene una clarificación regional clara" (pág. 116). Este último enunciado le sirve para montar su crítica y tratar a Salomón Kalmanovitz de "asistemático [...] desconocedor del carácter específico de la subregiones que caracterizan el Estado del Cauca" (págs. 117-118) y determina que la obra "además de tener problemas metodológicos [...] adolece de una articulación económica y social que muestre la consolidación de una Nación" (pág. 118).

Aceptemos que parcialmente Augusto Gómez puede tener razón en sus críticas a José Antonio Ocampo y a Salomón Kalmanovitz, pero, en primer lugar, el espacio utilizado no es el apropiado; tal tipo de comentarios podrían tomar la forma de un ensayo sobre el tema, de una reseña bibliográfica o de introducción al libro que nos ocupa. En segundo lugar, Gómez desconoce que las obras por él abordadas son trabajos interpretativos de síntesis que, si muestran algunas fallas, revelan más los vacíos existentes en materia de historiografía regional, económica, etc., que cualquier otra cosa. Finalmente, nuestro autor se ensaña con Ocampo y con Kalmanovitz pero sin argumentos teórico-metodológicos claros; parecería como si sus observaciones fueran producto de alguna charla informal de café, pues no se observa rigurosidad. Le queda, entonces, la sensación al lector de que el autor en referencia tiene más ciertas antipatías personales y profesionales

que un verdadero interés por elaborar un discurso coherente y constructivo.

De todas formas, y pese a las fallas mencionadas, el ejercicio realizado por Augusto Gómez es conveniente, porque, en su intento de hacer una historia social de la región llanera, entra en conflicto con obras sesgadas por la economía, insiste en la importancia de los estudios regionales y subraya con razón que en la historia de Colombia han existido y existen diversas regiones con características propias, muy definidas. Es así como, partiendo de los procesos internos de ocupación y colonización de los Llanos orientales, trata de establecer las dimensiones, cobertura y dinámica de la economía regional, por lo que demuestra cómo, a partir de la creación de hatos ganaderos y la transformación de las selvas en extensas sabanas, se produjo una economía extractiva de maderas preciosas, de elaboración de pieles, etc., que se canalizó inicialmente hacia los mercados internos y luego centró su atención en los mercados internacionales.

Establece, describe y analiza, entonces, dos tipos de economía:

Una, extensiva, caracterizada por el hato ganadero, trazada para el consumo doméstico y el abasto de carnes y de ciertos productos agrícolas para los mercados comarcanos regionales, especialmente para Tunja, Bogotá y Ambalema, la cual le suministró al colono un sustento y la posibilidad, a largo plazo, de, una vez consolidado, avanzar en la cobertura de ocupación territorial y que, obviamente, ha tenido efectos sociales y económicos.

Otra, complementaria, destinada a incrementar los beneficios provenientes de una renta absoluta del suelo: explotación de quina, añil, etc., productos que generaron ciclos muy cortos de economía, incapaces de sostener un ritmo continuo de ocupación del medio, pero que contribuyeron a la penetración a nuevos territorios, la adecuación de algunos de ellos y la apertura de trochas y caminos. Sin embargo, debido a su cortedad, una vez pasado el *boom*, la población migrante volvía a sus sitios de origen o, si decidía quedarse en la región, tenía que dedicarse a la ganadería, pues, sin lugar a dudas, esa actividad

ha sido el sistema tecnológico mejor adaptado a las condiciones llaneras. Vieja conclusión, esta última, pues ya los jesuitas, durante la época colonial, habían llegado a pensar lo mismo.

Paralelamente al asentamiento de nuevos colonos, entre 1850 y 1870, el débil Estado colombiano comenzó a generar medidas, en cuanto a la concesión y titulación de baldíos en los llanos por concepto de documentos de deuda pública y títulos de concesión, que tuvieron la clara intención de estimular el poblamiento de las regiones de San Martín, San Juan y Casanare. Proceso que permitió la formación y fundación de Villavicencio (1842), conglomerado que, por su situación estratégica con respecto a Bogotá, se convirtió en la "Puerta del Llano" y, a partir de 1860, tuvo un crecimiento demográfico, económico y social importante. Hubo intentos, por parte de algunas compañías y empresarios —Lorenzana, Montoya, Herrera Uribe, etc.—, de formar grandes haciendas dedicadas al cultivo del café.

Augusto Gómez plantea que la migración a los Llanos no sólo fue motivada por el interés particular y la gestión del Estado sino también, al igual que a fines de la colonia, por las difíciles condiciones políticas reinantes en el interior del país. Ratifica así un planteamiento que algunos especialistas han analizado: la región llanera ha servido regularmente de zona de refugio y confinamiento a perseguidos y marginados, pues el débil control del Estado sobre esos territorios así lo ha determinado. Pero, paralelamente, se han generado innumerables problemas: despojos de tierras a colonos; formación de grandes propiedades; tala constante de bosques y adecuación de nuevas tierras; incorporación de mano de obra, que inicialmente era de colonos; presión sobre los territorios tradicionalmente indígenas; todo ello matizado por la violencia que, según el caso, adquiere determinada especificidad.

El tercer capítulo es tal vez el más complejo. Un primer desacierto es que, después de criticar a José Antonio Ocampo y tacharlo de keynesiano, Augusto Gómez se ciñe a una teoría antropológica hartamente discutida: el materialismo cultural promovido por el

antropólogo estadounidense Marvin Harris. Aunque en estos tiempos de posmodernidad ya no hay una teoría única sino que el eclecticismo ha vuelto, Gómez yerra en su elección, puesto que, además de mostrar un conocimiento muy limitado de la teoría, por él escogida, se contenta con enunciar los principios básicos, sin desarrollarlos analíticamente, lo que lo lleva a subordinar los magníficos datos documentales a los conceptos harriianos.

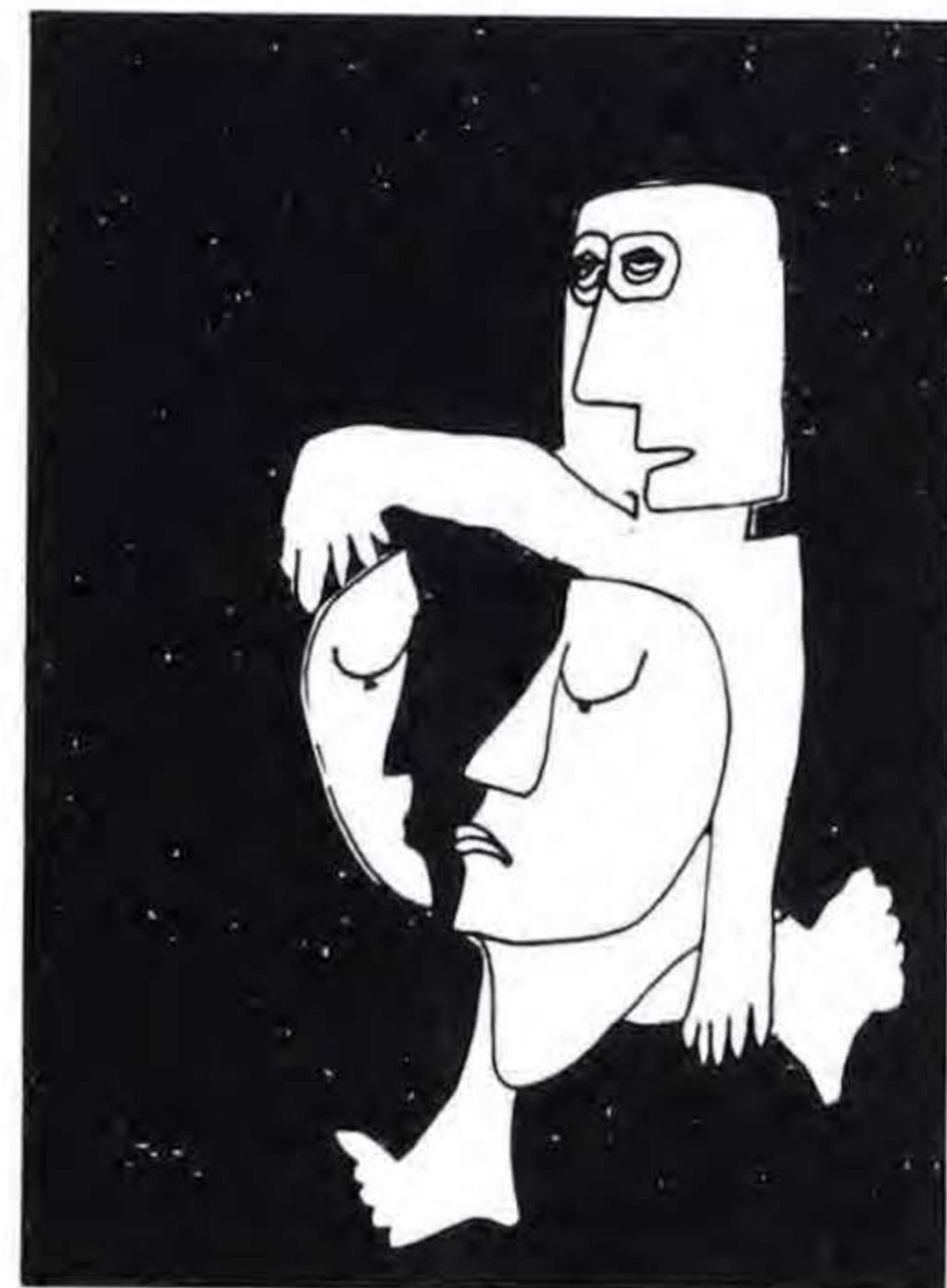
El tema tratado en el capítulo, —las relaciones interétnicas— queda restringido a una explicación desde el punto de vista del problema de la obtención y gasto de alimentos (energía). Visión enteramente determinista, que aproxima la comprensión del fenómeno de la "guahibiada" —que viene sucediendo desde la colonia misma y que Gómez presenta como del siglo XIX, de la época republicana— a la biología y a las ciencias naturales.

Pese a tan desafortunado enfoque, algunos elementos que presenta el autor son valiosos, pues están empíricamente bien sustentados, como son sus reflexiones sobre la constante variación del ecosistema llanero, en la cual han tenido indudable repercusión la ganadería, la colonización y el sistema de economías extractivas.

Un desacierto de Augusto Gómez es situar la "guahibiada" como una actividad genocida propia del siglo XX, pues tenemos serios argumentos que demuestran que la violencia generada a partir de las relaciones interétnicas entre blancos, colonos (mestizos), llaneros e indígenas de la etnia guahiba empezaron en la época colonial y presentaron, por momentos, una intensidad muy fuerte. Entendemos que el proceso de colonización fue de "toma y daca", o sea que, a cada avance colonizador en los Llanos, los indígenas guahibos se replegaron pero también respondieron. Hay entonces una larga lista de robos, asesinatos y genocidios de uno y otro bando.

Pese a que Augusto Gómez presenta una buena síntesis de la cultura nómada de los guahibos, cuivas, sikuanis, etc., a la cual contraponen una regular e incompleta visión de los colonos, mas no del llanero, ni del hacendado, desconociendo así la cultu-

ra de los primeros y la participación de unos y otros en los hechos de sangre de los que se ocupa el libro. Se advierte cierta tendencia, muy propia de los antropólogos, a mostrar al indígena como víctima y al genérico "blanco" como el victimario, como "el malo del paseo", cuando tanto unos como otros han tenido una cuota muy alta de participación en la violencia interétnica.



Finalmente, estamos seguros de que, pese a sus altibajos, el libro de Augusto Gómez es un buen intento de historiar un proceso regional que, a no dudarlo, abre muchas inquietudes y posibilidades investigativas, analíticas e interpretativas, no sólo sobre los llanos, sino sobre otras zonas llamadas de "frontera" o de "colonización". El planteamiento de la larga duración de los conflictos invita a conocer más detalladamente períodos más cortos y a relacionarlos con la historia social, política y económica del país. Esperamos que en un futuro mediato el mismo autor, como también otros especialistas "llanerólogos", profundicen más en los argumentos e hipótesis aquí esbozados.

JOSÉ EDUARDO RUEDA ENCISO

¹ Germán Colmenares, *Las convenciones contra la cultura*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1987.

² María Eugenia Romero (compiladora), *Los llanos: Una historia sin fronteras*, Bogotá, Academia de

ANTROPOLOGIA

Historia del Meta, 1988; Pedro Gustavo Huertas (compilador), *Llano adentro. Del pasado al presente* (dos tomos), Tunja, Centro de Historia del Casanare, 1992.

³ María Eugenia Moreno (compiladora), *Café, caballo y hamaca. Visión histórica del Llano*, Bogotá-Quito, Ediciones Abya-Yala, Orinoquia Siglo XXI, 1992.

⁴ José Antonio Ocampo, *Colombia y la economía mundial, 1830-1910*, Bogotá, Siglo XXI Editores-Fedesarrollo, 1984.

⁵ Salomón Kalmanovitz, *Economía y nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, Cinep-Universidad Nacional-Siglo XXI Editores, 1988.



Japoneses en América

Meanings Performed, Symbols Read:
Anthropological Studies on Latin America
Kazuyasu Ochiai
Institute for the Study of Languages and Culture
of Asia and Africa, Performance in Culture N° 5,
Tokyo University of Foreign Studies, Tokyo,
1989, 270 págs., ilustrado.

El doctor Kazuyasu Ochiai es egresado de la Universidad de Tokio, con estudios en la Universidad de Harvard, bajo la orientación del profesor Evon Z. Vogt, Jr. ha trabajado con los tzotziles-mayas del sureste de México y publicó en 1985 el libro *Cuando los santos vienen marchando: Rituales públicos intercomunitarios tzotziles*. Además, trabajó como asistente de investigación del Proyecto de Chiapas (México) de la Universidad de Harvard (1981-1983).

Su libro se inscribe en el contexto general del proyecto "Simbolismo y cosmología de Asia y Africa", del Instituto para Estudios de Idiomas y Cultura de Asia y Africa, de los Estudios Internacionales de la Universidad de Tokio, en el Japón.

La serie de monografías *Performance in Culture* tiene por objetivo la construcción de puentes de comunicación entre distintas disciplinas —como filosofía, antropología, historia, sociología, estudios literarios, folclor— y los estudios cosmológicos. Con este enfoque interdisciplinario se espera obtener no sólo nuevos avances teóricos, sino también una notable perspicacia etnográfica en el campo del conocimiento del simbolismo en las culturas humanas.

La obra tiene una "Introducción general" del director de la serie, el profesor Masao Yamaguchi, y un prefacio del autor. El texto está dividido en cuatro partes: El *Popol vuh*, Los tzotziles, Sudamérica y Metodología, cada una de las cuales contiene dos capítulos o ensayos, exceptuando la parte dos, que contiene cuatro ensayos. Los diez ensayos están escritos en castellano o en inglés y fueron elaborados para simposios, libros y revistas diversas durante los últimos diez años de actividad del autor como antropólogo profesional. El último ensayo, el correspondiente al capítulo diez, aparece publicado por primera vez.

La parte tres está dedicada a las investigaciones sobre América del Sur. El capítulo séptimo contiene el ensayo "Poética en las calles: Devoción y diversión en la fiesta de san Pacho de Quibdó, Chocó, Colombia", resultado de un trabajo de campo realizado entre 1985 y 1986.

Se trata de un ensayo sobre la semiótica cultural popular de la sensible experiencia humana de las comunidades negras de Colombia", en el ambiente del trópico húmedo.

El interés del autor es, por una parte, el estudio de "los rituales públicos regulares en general, porque son las ocasiones en que se observa la expansión de la imaginación de los participantes, quienes comparten la misma visión histórica y cosmológica", y por otra, "que también aclaran la situación de la vida urbana moder-

na, en que la falta de sentimiento comunitario es uno de los problemas serios" (pág. 143). El doctor Kazuyasu Ochiai, entonces, analiza y lee la estructura y la gramática de la celebración en honor de san Francisco de Asís (san Pacho), la fiesta patronal de Quibdó, en el departamento del Chocó. Para él, a la fiesta de san Pacho la mueven tres tipos de energía: la devoción profunda a su santo patrono, las ganas de divertirse y la entropía social, política y económica de la región (pág. 146).

El texto constata que desde la introducción masiva de los esclavos africanos al Chocó, como mano de obra para las minas, a partir del siglo XVII, los negros empezaron a dominar la población regional. La cultura de los esclavos, distinta de la cultura dominante europea, elaboró normas de comportamiento y creencias propias. Los esclavos africanos configuraron desde muy temprano, en la época colonial, rasgos diferenciados de la cultura regional.

Ciertas formas del comportamiento cultural y comunitario han caracterizado a las comunidades negras de América Latina frente a la otras comunidades existentes. En Brasil, Cuba y Haití, durante la esclavitud se desarrollaron, a partir de prácticas prohibidas, movimientos religiosos de origen sincrético: el *candomblé*, la *santería* y el *vudú*.

La ciudad de Quibdó es predominantemente afrocolombiana; en 1985 tenía una población de 47.000 habitantes, según el censo. Los quibdoseños frecuentemente dicen: "Todos somos franciscanos", o: "San Francisco es todo", y se visten como monjes franciscanos en el día de san Francisco, el 4 de octubre. Además, según Rogerio Velásquez, todos los quibdoseños desean ser enterrados, cuando mueran, con el hábito de san Francisco.

Para el autor japonés, la organización de la fiesta de san Pacho se podría entender mejor si se divide en tres niveles: ciudad, barrio e individuo.

La Junta Central de las Festividades Patronales es el organismo superior que coordina todas las actividades oficiales de la fiesta cada año. La Junta Central está constituida por los representantes de cada barrio, que